

EPAMINONDAS Y SU MADRINA

“Una vez había en el sur de Norteamérica, una buena mujer negra, que tenía un solo hijo. Como ella no podía darle nada muy hermoso, quiso darle un gran nombre, y por eso le puso Epaminondas, que es el nombre de un general griego.

Epaminondas, que era negrito, estaba muy orgulloso de llamarse así. Todos los días iba a ver a su madrina, que vivía muy lejos del pueblo, y siempre ella le hacía un regalito.

Un día le dio un pedazo de bizcocho muy tierno:

— No lo pierdas, Epaminondas — le dijo — llévalo bien apretado.

— Quédate tranquila, madrinita, que lo perderé — dijo Epaminondas.

Y apretó tanto, tanto, el puño, que cuando llegó a casa de su mamá sólo le quedaba dentro de la mano un puñado de migas.

— ¿Qué traes ahí, Epaminondas, hijo mío? — dijo la madre que le esperaba sentada a la puerta.

— Traigo un bizcocho, mamita.

— ¿Un bizcocho? ¡Dios te bendiga! ¿Pero qué has hecho del buen sentido que yo te di al ser nacido? ¿Qué manera es esa de llevar un bizcocho? La manera de llevar bizcocho, es envolverlo limpiamente en un papel de seda, ponerlo dentro de la copa del sombrero, después poner el sombrero en la cabeza, y venir tranquilamente a casa. ¿Has comprendido?

— Sí, mamita — dijo Epaminondas.

Al otro día volvió Epaminondas a casa de su madrina, y ella le regaló un rollito de manteca, buena y fresca, recién hecha.

Epaminondas lo envolvió limpiamente en un papel de seda, lo puso dentro de la copa del sombrero y se puso el sombrero en la cabeza.

Era verano, el sol calentaba mucho y la manteca se fue derritiendo y escurriendo por todas partes. Así, cuando Epaminondas llegó a casa de su mamá, ya no había manteca dentro del sombrero, sino que toda estaba sobre la cara y la espalda de Epaminondas.

La mamá, al verlo tan churretoso, levantó los brazos al cielo.

— Dios te bendiga, hijo mío! ¿Qué traes ahí, Epaminondas?

— Manteca fresca, mamita.

— ¿Manteca? ¿Qué has hecho del buen sentido que yo te di al ser nacido? ¿Es esa la manera de llevar la manteca? La manera de llevar la manteca es envolverla en hojas de parra bien frescas, y a lo largo del camino ir mojándola en todas las fuentes, mojarla una y otra vez y otra, y otra, y así se puede conservar fresca hasta llegar a casa. ¿Has comprendido?

— Sí, mamita.

Al día siguiente, cuando Epaminondas fue a ver a su madrina, le regaló un perrito muy lindo.

Epaminondas lo envolvió con mucho cuidado en hojas de parra, bien frescas, y a lo largo del camino lo fue mojando en todas las fuentes, y en todos los arroyos, una vez y otra, y otra, y así, cuando llegó a su casa, el perrito estaba medio muerto. Cuando su mamá lo vio llegar dijo:

— ¡Dios te bendiga, hijo mío! ¿Qué traes ahí, Epaminondas?

— Un perrito, mamita.

— ¿Un perrito? ¿Qué has hecho del buen sentido que yo te di al ser nacido? ¿Es esta la manera de llevar un perrito?

La manera de llevar un perrito, es atarle la punta de una cuerda al cuello y tirar de la otra punta, para que el perrito ande, y así se viene a casa tirando de él. ¿Ves? así... ¿Has comprendido?

— Sí, mamita — dijo Epaminondas.

Al día siguiente, cuando Epaminondas fue a ver a su madrina, le regaló un pan que acababa de sacar del horno y estaba crujiendo y dorado.

Epaminondas lo ató a una larga cuerda, puso el pan en el suelo y volvió a casa tirando de él, así como su mamá le había dicho.

Al ver su mamá lo que traía el negrito arrastrando por el suelo, gritó:

— ¡Dios te bendiga hijo mío! ¿Qué traes ahí, Epaminondas?

— Un pan, mamita.

— ¿Un pan? ¡Ay, Epaminondas, tú no tienes sentido ni jamás lo has tenido! No volverás a casa de tu madrina y seré yo quien vaya.

Al día siguiente, cuando la mamá negra fue a casa de la madrina dijo a Epaminondas:

— Voy a decirte una cosa, hijo mío. Tú has visto que yo acabo de cocer en el horno seis masitas, y que las he puesto en una tabla, delante de la puerta para que se enfríen. Ten cuidado de que no se las coma el gato, y si tú tienes que salir a la calle, mira bien cómo pasas por encima de ellas con todo cuidado. ¿Has comprendido?

— Sí, mamita.

La mamá se puso su sombrero y su chal y se fue a casa de la madrina. Las seis masitas, todas en hilera, se estaban enfriando delante de la puerta, y como Epaminondas quiso salir a la calle, miró bien cómo pasaba por encima de ellas.

— Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis — fue diciendo al mismo tiempo que ponía los pies exactamente encima de cada masita haciéndolas una plasta.

¿Y sabéis lo que pasó cuando llegó la mamá? Nadie lo ha sabido del todo, pero Epaminondas, al otro día, no se podía sentar...”

(Cuento negro del sur de los Estados Unidos)

Referencias bibliográficas:

Fortún, Elena (1941): *Pues Señor...*, Aguilar. Bs. As, citado por Pastoriza, Dora (1986) *El arte de narrar un oficio olvidado*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires.